



DE LA VOCACIÓN EUCHARÍSTICA

Non vos me elegisti, sed ego elegi vos. Yo soy quien os ha llamado, y no vosotros los que me habéis elegido.

Cuando se está en una vocación que exige como la nuestra á sus miembros tanta santidad, se tiene la obligación formal de decir: «Dios me ha llamado á ella; en verdad que no me he ingerido por mí mismo, sino que Él me ha escogido é invitado.» Sólo con que se pudiera dudar de este llamamiento se sentiría tentación de abandonarlo, en vista de lo incapaz que se reconoce uno de corresponder á él debidamente.

I. Ahora bien: Dios Padre desde la eternidad nos ha elegido para el estado de adoradores de su divino Hijo en el Santísimo Sacramento; nos ha predestinado á este servicio glorioso, á sus gracias y á su recompensa.

Nos ha creado el Padre para ser entregados á Jesucristo, y no para otra cosa. Todas las criaturas indudablemente son para Él, mas hay en las gracias una jerarquía y vocaciones que son al mismo tiempo dignidades. Tales son la vocación sacerdo-

tal, la religiosa y la nuestra, que tan cerca del Rey nos pone y nos ennoblece por sí misma.

Dios Padre nos ha tomado de entre mil, y todas sus gracias las ha destinado á constituirnos en adoradores suyos. Para esto conformó nuestra alma y nuestro cuerpo y nos dió las fuerzas, la voluntad, la armonía y simpatía con este servicio; nos ha hecho amar esta vocación, y no otra es la causa de que todos los verdaderamente llamados se encuentran tan á gusto con el Santísimo Sacramento, pues se hallan en su centro y en su fin, y en él consiste todo para ellos. Si los ponéis en otra parte, sufren por no estar en su suelo, bajo los rayos del sol que necesitan; no, de ninguna manera se sienten bien sino allí. En cualquiera otra parte se tienen por desterrados, ineptos y sin utilidad, porque sus gracias, sus cualidades sobrenaturales y hasta sus disposiciones naturales han sido preparadas por Dios para la vida adoratriz y para el Santísimo Sacramento.

Este es un hecho confirmado por la experiencia, y claro está que no hablo de los que, infieles á sus compromisos sagrados, se van, pues sabe Dios en qué paran esos pobres infelices; pero aquellos mismos que sólo eran aspirantes y que comenzaban á recibir las influencias eucarísticas, los cuales se ausentaron creyendo mejorar, en ninguna otra parte son dichosos. Su centro estaba al pie del Santísimo Sacramento, y allí hubieran debido vivir y morir. Vosotros mismos, cuando viajáis, no acertáis á orar en las iglesias, sin embargo de que allí se halla presente nuestro Señor; mas no vuestro Jesús radiante y glorioso, como la Iglesia os le presenta para que le honréis mediante el solemne culto de la exposición.

Así os digo que cuando fuisteis creados, el Padre

dijo á su Hijo: «Este es un adorador para Ti, por lo cual le revestiré de todas las aptitudes, gracias y cualidades á fin de que te agrade.»

II. Examinemos cuáles son las cualidades de esta vocación. No me refiero á lo que somos ¡qué pena! sino á lo que en presencia de Dios es la vocación: acerca de cuán grande y sublime en sí misma sea esta gracia intento hablarlos. Ni con lo que somos la comparo ni con la vocación de los demás; lo que hago es juzgar de las cosas en sí mismas conforme á los principios recibidos para clasificar las virtudes y los diversos estados de la vida cristiana.

Ahora bien: excelente sobre todas es la vocación eucarística. La excelencia de una cosa se origina del fin de ésta, y el fin de nuestra vocación es el servicio de Nuestro Señor Jesucristo en el estado más glorioso que pueda haber aquí abajo, en la perpetua y solemne exposición del Santísimo Sacramento. No puede haber nada que aventaje á éste en excelencia, como que merced á nuestro servicio estamos en contacto inmediato con Nuestro Señor. Entre Nuestro Señor y el servicio nuestro ningún intermediario hay; no es al prójimo, ni á las obras de celo, y mediante el prójimo y estas obras, á Nuestro Señor, sino que á nuestro mismo Señor única é inmediatamente es á quien servimos. Al igual de los ángeles, que no se apartan del trono del Cordero, nosotros estamos por vocación agregados, no á sus miembros ni á sus obras, sino á la adorable persona de Jesucristo.— Por consiguiente, de él parte nuestra vocación, y su dignidad y excelencia de él directamente se originan, porque es regio todo cuanto sirve al Rey.

Nada hay en el mundo que supere en excelencia á la Eucaristía, porque ya Jesucristo no está en ella

pasible como durante su vida mortal, sino resucitado, glorioso y reinante.

Además, le servimos por la adoración, y como ésta es la expresión de la virtud de la religión, es por lo mismo la más aventajada virtud. A lo cual se añade que por cuanto en ella se ejercitan las virtudes teologales de fe, esperanza y amor, virtudes que por fin inmediato tienen á Dios y ocupan el lugar más elevado entre todas las virtudes, comunican su eminente dignidad á la virtud de adoración. ¡Oh! ¡Nunca nos hubiéramos atrevido á seguirla si hubiésemos comprendido la excelencia cabal de la vocación que nos ha dado Dios!

Claro es que para tan excelsa vocación deberíamos ser más perfectos; y ¡cuán lejos estamos de ello! Sería menester la santidad de María, de los ángeles y de los Santos, supuesto que en la tierra tenemos el mismo cargo que ellos en el cielo, junto al trono del Altísimo. — ¡Si tuviésemos al menos las virtudes de un cristiano!

¡Qué diferencia entre lo que tenemos y lo que debiéramos tener! ¡Son dos abismos! ¡En verdad que es cosa de estremecernos!

Vosotros diréis: Pero ¿por qué nos ha llamado á ello el Padre, si sabía que sería tan exigua nuestra manera de corresponder? — Nos ha amado con exceso, y á pesar de nuestra indignidad nos llamó con la esperanza de elevarnos al cabo á la altura de nuestros deberes.

Nobleza obliga, se dice. Honrad vuestra vocación con virtudes; nunca manchéis el manto de honor y gloria, la hermosa vestidura blanca de Jesucristo, con que cubre vuestra indigencia, y nunca alojéis en ese sublime servicio del Rey de los reyes.

III. Nuestra vocación es santa.—Como lo que forma la virtud de los medios es la mayor ó menor perfección con que alcanzan su fin, nuestra vocación posee fuerza inmensa de santidad, por cuanto nos pone en participación, por modo singularísimo, del estado de amor más elevado y perfecto, que es el eucarístico, en que nuestro Señor lleva su amor á su extrema consumación.

Es santa, porque nos da los medios más valiosos de santificación, poniéndonos en relación inmediata, en relación de vida con Jesucristo, que no sólo es una gracia, sino aun Autor de la gracia en su Sacramento santísimo.

Ofrece gloria muy grande al Padre celestial, porque le presenta á Jesús, su Hijo, en el Santísimo Sacramento, en donde se halla en estado más perfecto que durante su vida mortal, pues allí está inmortal y glorioso y ese estado de gloria y de realeza es lo que inmola incesantemente en la Eucaristía para gloria de su Padre.

Pues bien: nuestra vocación nos hace partícipes de esos estados de nuestro Señor, que quiere reproducirlos en nosotros y ejercitarlos por medio nuestro, pues para eso nos ha llamado.

Mas para corresponder dignamente á ese llamamiento, convendría que fuésemos santos; y si tanta es la santidad de Dios que encuentra manchas en sus mismos ángeles, ¿qué pasará con nosotros? — Cuando menos deberíamos imitarlos, y, velándonos el rostro, decir: «¡Señor, yo no soy digno de una vocación tan santa!»

Y sin embargo, nuestro Señor nos permite acercarnos á Él, nos conserva en su servicio, se manifiesta para nosotros en su trono de amor; con nuestra

pobre manera de servirle se contenta, y cada día nos llena de nuevas gracias.—No busquéis la razón de ello fuera de su condescendencia inefable, que espera hacernos entender al cabo cuánto le debemos y volvernos dignos de su adorable santidad.

IV. Nuestra vocación es eminentemente apostólica. El apostolado no es más que la difusión del reino de Dios en las almas, la propagación de su conocimiento y amor, la destrucción del pecado y la exaltación de nuestro Señor y de su Iglesia. Mirad ahora el gran poder de apostolado que nuestra vocación nos comunica.

Si se nos juzga por nuestra vida exterior, pasamos por seres inútiles, pues ni corremos tras los pecadores, ni vamos á misiones, ni enseñamos; pero sería engañarse el hacer consistir todo el apostolado en los medios del celo exterior, pues estas obras no son sino su corteza y su canal.

Consiste el apostolado esencialmente en la oración, que obtiene la gracia, en el sacrificio, que expia por el pecado y que aplica los méritos y las satisfacciones de Jesucristo. Aquél es más apostólico, que con San Pablo, el Apóstol por excelencia, completa y acaba en sí lo que para la Iglesia falta en la Pasión de Jesucristo; esto es, que le hace revivir, merecer, sufrir y rescatar en su alma y en su cuerpo, puesto que Jesucristo revive en nosotros para salvar por medio de nosotros, y nos pide que le completemos juntando nuestros méritos con los suyos; entonces continúa su oficio de Salvador, porque es el Apóstol de los apóstoles y solo Él es quien en los Apóstoles rescata las almas por la gracia y por la virtud de su sangre.

Ahora bien: nosotros conseguimos que nuestro

Señor trabaje por la conversión de las almas, poniéndole de manifiesto y asociándonos por nuestras adoraciones á su ruego y á su apostolado. Privilegio único de nuestra vocación es el de exponer á nuestro Señor y colocarle en el ejercicio solemne de su oficio de mediador; pues, en efecto, sólo porque estamos á su pies se halla Él sobre su trono, y la Iglesia no permitiría que día y noche perpetuase su presencia, si no hubiera de hallar adoradores que se suceden día y noche para servirle; sómosle necesarios para que se manifieste en su exposición; nosotros desenvolvemos su poderío.

Y sobre ese trono, ¿qué hace? Presenta á su Padre contra el orgullo, sus adoraciones y anonadamiento; contra la ingratitud, sus acciones de gracias; contra el pecado, su sangre y sus padecimientos, y para lograr la salvación de las almas rescatadas por Él, sus ruegos interminables: ahí tenéis á la Víctima pública. — Pero á nuestra vez, prosterados á sus plantas, uniéndonos á sus intenciones, entramos en sus funciones de mediador, con él salvamos y rescatamos; nos hacemos partícipes de su apostolado perpetuo.

¿Creéis que esos ruegos de Jesús no tengan más eficacia que todas las obras apostólicas? Pues ellos son condición y vida de éstas. Conque ahí tenéis de qué manera somos apóstoles; uniéndonos á los ruegos y sufrimientos y al sacrificio de Jesucristo.

El misionero lleva una sola gracia, mas nosotros abrimos la fuente de las gracias. El apostolado es ante todo sacrificio, pues no pudiendo ya Jesús sufrir en sí mismo, quiere sufrir en nosotros, y nos pide el sacrificio de nuestros gustos, de nuestra libertad, de nuestra vida y de todos nosotros á la

adoración; nosotros se lo ofrecemos y así nos hallamos en el mayor poderío del apostolado.—Y esto sin riesgo de mezclar con éste las infidelidades del orgullo que le vician, sin el peligro de arrebatarse al apostolado en provecho nuestro una parte de sus frutos, porque la vida apostólica tiene sus encantos. Cuando un predicador tiene salud, talento y ve á un auditorio suspendido de sus labios seguir con avidez sus predicaciones; cuando ve el fruto de sus trabajos, y que produce almas para la gracia, experimenta todas las alegrías de una madre; acaso el trabajo es rudo, pero va mezclado de muy grandes satisfacciones y de dulces recompensas.

A nosotros nuestro apostolado nos inmola por entero en el secreto, en el olvido y en la muerte al pie de la Víctima divina, sin que veamos los frutos de aquél, ni gustemos de recompensa alguna suya; contentándonos con saber que los produce.

Verdaderamente no hace más el que bautiza que el que ha merecido la gracia del bautismo: si faltase la oración, no habría almas que se inmolaran con Jesucristo por los pecadores, y la voz de los misioneros no sería más que el sonido de un retumbante platillo: ¿qué podrán producir los vientos si el sol no viene á fecundar lo que remueven?

Acaso diréis: «Pero es muy hermoso predicar la verdad y salvar las almas por la palabra.»—También vosotros predicaréis, y salvaréis; sin más diferencia que la de que esto se hará por nuestro Señor, por su influencia directa. Otros le predicán por gracia de Él, nosotros por Él mismo; otros muestran su verdad, nosotros mostramos á Él mismo en su presencia de amor, en su presencia viviente. Por Él haréis, y haréis mucho; pero no prediquéis sino por Él,

y ya veréis cómo de todas partes correrán hacia el Maestro, porque tiene dicho: «Cuando yo fuere exaltado, lo atraeré todo á mí.»

Esa es vuestra vocación, que es muy hermosa: amadla mucho, y nunca la comparéis con las demás. Sabed únicamente que el servir á la persona de nuestro Señor no vale menos que servir á las almas, y que no es menos Jesús que Santo Domingo ó San Francisco.

V. Pero si tan hermosa vocación es ésta, ¿por qué somos tan poco numerosos, y cómo es que nuestro Señor tiene tan escasos discípulos, mientras que los Santos tienen tantos?

Es porque á los Santos se los considera especialmente como protectores, como amigos que están cerca de Dios, y se acude á ellos para ser ayudado, para servirse de su poder, de sus ruegos, de su protección, lo cual es muy consolador: se gana mucho con ellos. Mas cuando se viene á nuestro Señor, nada encuentra uno para sí: es Rey, y se viene á servirle; es Señor, y se viene á someterse y á adorarle; es la Víctima inmolada y se viene á inmolarse con él.

No se viene á nuestro Señor para armarse con su protección y socorro á fin de ir enseguida á entregarse ayudado de esos medios á las obras santas á que siente una inclinación, lo cual es propio de las vocaciones activas, sino que aquí Jesús os dice: Servidme, adoradme enteramente con la totalidad de vuestro ser, sin que os reservéis cosa alguna: sacrificadme vuestros atractivos, actividad, talentos, celo y vida, todo; y poniendo todo eso á mis pies, ofrecédmelo en holocausto completo, porque tanto se me honra con el sacrificio de los dones propios de cada cual como haciéndolos servir para mí

gloria : *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges.*

Por eso ¿se os preguntó cuando vinisteis : qué traéis ? ¿cuánta dote ? ¿qué talentos ? No, no ; jamás salió de mi boca esta palabra, ni jamás estuvo en mi corazón.

En cambio se os ha dicho : «¿Estáis prontos á servir?» Venid ; á un servidor no se le pide, sino que se le da ; tan sólo se compromete á consagrarse á los intereses del dueño á quien va á servir. En otras partes se piden aquellas condiciones y con razón, porque se necesitan para ejercitar el celo y multiplicar las obras de caridad ; pero aquí no tenemos otra cosa que hacer sino servir y adorar mediante el don de nosotros mismos.

En cuanto á virtudes, ¿se os ha preguntado si erais santos, humildes, mortificados, si habíais realizado buenas obras ? Tampoco.

Únicamente se os ha dicho : ¿quién os envía ? ¿quién os atrae ? Jesucristo en su Sacramento. ¿A quién venís ? A Jesucristo. —¿Con qué condiciones ? —Con ninguna. ¿Hace mucho que lo deseáis ? ¿Habéis puesto á prueba vuestro deseo ? —Sí.

¿Tendréis valor para pasar por el fuego ? Porque esta es vocación de fuego. —Así lo espero. —Entrad, entrad en seguida.

Entonces se os inició en la adoración y en el servicio de nuestro Señor ; se os dijo que aquello era lo único necesario de vuestra nueva vocación y se os recomendó mucho no tener más que un solo objeto, una sola mira, el servicio de su divina Persona ; no desear agrandar sino á Él solo y para Él solo trabajar, porque aquí Él lo es todo. La Asociación no es vuestro fin, pues solo después de nuestro Señor

viene ella, que es su sierva, y no otra cosa, con todos los miembros suyos, de los cuales los que la dirigen no son sino los primeros servidores del único dueño, nuestro Señor ; al cual si sois agradables, nada tendréis que temer, y si le servís bien, nada habrá que pedir de vosotros, porque toda vuestra perfección consiste en servirle.

En otras partes hacen bien en exigir la aptitud de los individuos para tal ó cual obra, porque á fin de que trabajen en ella los reciben, como en la enseñanza ó en las misiones : para trabajar en la viña hacen falta las herramientas. En cuanto á nosotros, no nos cuidamos de la utilidad que pudierais aportar al beneficio común, porque no es la viña, sino el Señor de la viña el objeto de nuestro cultivo.

No obstante lo dicho, se han hecho indagaciones acerca de vuestra honrada conducta, porque aquí no se viene á hacer penitencia por una vida de desórdenes, para lo cual hay otros lugares : la corte del Rey no puede ser un sitio donde se sufra condena, y antes de ser admitido en su servicio hay que probar que siempre ha conservado uno el honor y la dignidad de la vida.

Todavía se os puso una condición : ¿queréis arrodillaros en este reclinatorio y arder en él como el cirio que tenéis delante, y consumiros ahí sin dejar siquiera cenizas ?

¿Queréis ser servidores, en toda la acepción de esta palabra ? Habéis de servirle mediante el don completo de vosotros mismos, sin otro fin que el de anonadaros para que Él se manifieste : claro está que el sirviente no puede aspirar á entrar á la parte en los honores con su señor.

Pero precisamente lo que cuesta trabajo es este

servicio efectuado por todo el ser de uno, por el sacrificio de la propia personalidad, que debe desaparecer. — Vosotros, nada; Él, todo.

¡Oh cuán difícil es no considerarse como su propio fin en nada! Observad si no os recuperáis diez veces al día, obrando por vosotros mismos y para vosotros, tendiendo á descansar, contando con vuestras fuerzas, obrando naturalmente: y sin embargo hay que llegar á ser todo de Él, todo para Él, todo por Él.

VI. Desde luego recordad que la Asociación no debe hacer más que una cosa, procurar que desaparezáis todo lo más posible para más exaltar á nuestro Señor por vuestro propio abatimiento. En ninguno de sus miembros, aunque fuese el más sabio y santo, debe presentarse ni personificarse, sino seguir siendo únicamente la sierva de Jesús y referir á Él y ofrecerle los excelentes frutos de ese miembro en quien pusiera Dios mejores dones.

No debe aquélla regocijarse por sus éxitos, sino por tener, como Abel, una víctima mejor que ofrecer á su divino Maestro. En consecuencia, sería de desear que aunque realizarais las obras más brillantes, no os alabasen, y que ni siquiera en ello se fijaran, sino que colocándoos en muy bajo lugar con vuestras obras, se honrase así más al único Señor que en vosotros ha obrado. — Pero ¿exaltaros vosotros personalmente? ¡eso jamás!

La alabanza y la gloria no son más que para nuestro Señor, y todas estas grandes obras, después de todo, no son más que lo que debéis, y es muy poco todavía para lo que merece el Rey á quien servís. — Alabaros, daros gracias, sería formaros una personalidad y consideraros como de vuestra pertenencia

todavía. Mas vosotros os habéis entregado para no ser cosa alguna ni pertenecer más que á nuestro Señor, único que merece el ser y, por lo tanto, para Él solo la alabanza. Aunque en una batalla los soldados ganan la victoria, el general recaba la gloria de ella y el triunfo.

Día llegará en que seremos muy recompensados por cuanto hayamos hecho, pero entretanto, pensemos sólo en servir. — ¡Oh! ¡Cuántas veces por negligencia, por impaciencia, recobra uno su personalidad, y busca la satisfacción y aprobación, y algo más! Lo cual prueba que el entregarse por completo es difícil.

En otras Comunidades cultívanse los dones de un religioso, se esfuerzan por hacerle producir todo aquello de que es capaz, y llega á distinguirse como sabio, ó á ser un gran orador: se le pone en evidencia todo lo más que se puede; realzarse sus éxitos, se le erige en portaestandarte en el combate de la verdad y de la religión contra el error, y válese de él para decir á los incrédulos é impíos: «Ved lo que de un hombre puede hacer la religión: — ¡Jamás la igualaréis!»

Bien esta; esos son los grandes hombres de la Iglesia; pero nosotros nunca debemos aspirar á eso, ni en caso alguno cultivar á un individuo para volverle personalidad notoria. ¡Querer formar grandes hombres en presencia de Dios vivo; decirle á alguno que es santo en presencia del Santo de los santos! ¿Pudierais pensar en ello?—No, no; que los sabios, los genios y los Santos se abatan delante de nuestro Señor; que desaparezcan como las estrellas cuando sale el sol, pues aunque sus fulgores no se apaguen, á lo menos absorbidos por la gran lumbre

del sol, ya no se distinguen.—Pues bien: aquí lo mismo. No debe verse sino á nuestro Señor, ni mostrar más que á él, nunca á un hombre, aunque fuese un prodigio de ciencia, de elocuencia y santidad. Anonade éste todos sus grandes dones en presencia de nuestro Señor, y más importante será su sacrificio; pero nunca se exponga á atraer sobre sí las miradas, las atenciones y respetos que únicamente se deben á su Señor y su Rey.

Ahí tenéis la vocación eucarística, la Asociación del Santísimo Sacramento con su fin, su espíritu y sus condiciones.—No existe ni quiere existir más que para el servicio de la Persona de nuestro Señor, á quien consagra cuanto es y cuanto tiene: sus hijos y todo lo que son; nada de éstos quiere tomar ni para sí ni para los demás, porque todo ello pes tan poco en comparación de lo que merece su gran Rey!—¡Ojalá que ella pueda cuando menos oírle decir: «Estoy contento: he aquí gentes que me adoran, me aman y me sirven por mí solo!»



DE LA RENUNCIA A TODA PROPIEDAD

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo y venda todo lo que posea.

I. Esta es la primera condición que pone nuestro Señor para la vida religiosa: la renuncia, la cruz, la muerte.—Porque ya en otra parte ha prometido el céntuplo á los que todo lo hayan dejado para seguirle. Imagínense algunos que la vida religiosa proporciona la dicha natural y que vienen á ella para encontrar aquí el descanso aun en esta vida. ¡Pobre gente! Desde el punto de vista natural, en la religión se es mucho más desgraciado que en el mundo.

Allí no había que practicar más que la ley; aquí además obligan los consejos; allí podíase disfrutar de la familia, crearse una, formarse un porvenir conforme á los propios gustos, usar de los placeres permitidos; aquí nada de todo eso: ni siquiera se puede gozar del bien que se ejecuta.

Lo cierto es que al hacerse uno religioso se carga con una cruz que tendrá que llevar hasta el fin de su vida.